

El número de grandes políticos mundiales reunidos en la catedral de Nôtre Dame de París para los funerales de Pompidou ha sido impresionante: unos setenta, de los cuales veinticinco jefes de estado. La mayor densidad de dirigentes por metro cuadrado que se registra en los últimos años. Han lanzado una increíble pavana política. Pompidou ha muerto en plena crisis mundial de relaciones internacionales. Si el Cid ganó su última batalla después de muerto, Pompidou ha perdido la suya: luchó para evitar que Nixon viniese a Europa y celebrase entrevistas políticas, y su muerte ha sido el pretexto para ello. Nixon le ha robado el «show». Para significarlo bien ha prolongado veinticuatro horas más de lo previsto su estancia en la capital francesa, convertida repentinamente en capital del mundo.

El tema que ha suscitado Nixon en sus entrevistas es triple. Por una parte, con Podgorny —jefe del estado soviético—, con quien tuvo una larga reunión el domingo por la mañana, ha tratado de su viaje a Moscú en junio. Por otra, con sus aliados occidentales, con sus remisos aliados occidentales, ha vuelto a la carga de su antiguo proyecto: una reunión conjunta. Su arma favorita es la presión, y su mejor recurso es la tozudez. Se le ha escapado viva la fecha del XXV aniversario de la OTAN, fecha en la que hubiese querido una reunión de jefes de estado de la organización; ahora ha tratado de convocarla para antes de su viaje a Moscú. La presión se ha ejercido de esta manera: si los jefes de estado de la OTAN no se reúnen antes del viaje y deciden una política común, se considera con las manos libres para tratar con los dirigentes soviéticos como mejor le parezca, sin tener en cuenta más que los intereses de los Estados Unidos. Si acceden a la reunión y en ella se logran resultados positivos (para Nixon, los resultados positivos consisten en una nueva definición de la alianza atlántica, según el borrador preparado por Kissinger), hablará en nombre de todos. Sus interlocutores han parecido creer que de todas maneras, Nixon hablará siempre en nombre de los intereses de Estados Unidos. No parece que se haya llevado a Washington una decisión concreta; Kissinger, ahora, va a seguir percutiendo en la brecha abierta por su presidente. De todas maneras, hasta que no se sepa quién va a ser presidente de Francia a mediados de mayo no habrá posibilidad de nada concreto. Si fuese Mitterrand, Nixon se encontraría con que la hostilidad de Pompidou hacia Estados Unidos no habría sido más que un juego infantil. Por otra parte, los interlocutores del presidente de los Estados Unidos tienen la duda



Nixon ha aprovechado su encuentro en París con el presidente soviético, Podgorny, para discutir de su proyectado viaje a Moscú el próximo junio.

PAVANA PARA UN PRESIDENTE DIFUNTO

de si éste irá o no irá, por fin, a Moscú. En el Congreso se ha depositado ahora una moción para impedir ese viaje: se considera que mientras Nixon no haya terminado el asunto de Watergate no está en condiciones de negociar en el extranjero; y menos con la URSS.

El tercer frente de combate de Nixon en París ha sido el de la Comunidad Europea. Al hacer su apertura hacia la OTAN ha significado que no quería presionar sobre la Comunidad, como entidad política y económica, sino sobre la alianza militar. Pero todo es correlativo. En la OTAN podría hablar de la posible retirada de tropas (1), lo cual, a su vez, repercute sobre la Comunidad y sus escasos deseos de mantener su dependencia con respecto a Estados Unidos.

Otro grupo de la pavana se ha danzado en torno a Wilson. Dinamarca, sobre todo, pero también otros países han dialogado con el primer ministro británico para pedirle una actitud más suave con respecto a la Comunidad. Se sabe que su gobierno ha hecho ya saber que, puesto que los otros países no acceden a sus peticiones de revisión del tratado, va a tomar los pasos decisivos para retirarse de la Comunidad. Pero todo está interrumpido. Se espera no solamente el resultado de las elecciones francesas, sino el del des-

arrollo mismo de la política británica. Wilson sigue amenazado por un Parlamento en el que es minoritario. Pero ha jugado también su carta con Nixon. O Nixon con él: Nixon puede favorecer la voluntad laborista británica de retirarse, dejando así más débil a sus aliados-enemigos. Su entrevista ha debido ser muy importante.

Willy Brandt ha hecho también su número. Su país es ahora presidente, por turno rotatorio, de la Comunidad. Se ha considerado obligado a reunirse con los jefes de estado o de gobierno de los otros miembros, y presionar sobre ellos con sus propios puntos de vista, que no son muy lejanos de los del presidente de los Estados Unidos.

Francia, naturalmente, ha tenido poca voz. Aun Jobert —que dio una recepción para los grandes asistentes al velatorio, en el Ministerio de Asuntos Exteriores— podía pasar por uno de los candidatos a la Presidencia. Todavía podría ser, aunque la UDR se ha volcado finalmente por Chaban Delmas; los días que quedan podrían ver algunos cambios.

Otro de los que han prolongado su estancia en París ha sido el primer ministro japonés, Tanaka. Quería tener contactos directos con los árabes del petróleo, que tienen a su país en plena angustia. Quería tenerlos también con los miembros de la Comunidad, y con Nixon. En el proyecto de gran alianza atlántica renovada

de los Estados Unidos, de comunidad amplia, figura una extensión hacia Japón. Se ha debido tratar vagamente de todo ello.

Pero no todo ha sido política de salón, de charla íntima, de tejer y destejer amistades. Nixon estaba decidido a todo, a robar la ocasión de Pompidou, y ha salido a la calle. A pie. Como en una campaña electoral americana; un paseo con fotógrafos, periodistas y cámaras de televisión. Con apretones de mano y con gente, que algunos malévolos suponen preparada, gritando: «¡Viva Nixon!». Fotografías que son tesoros para su campaña interior. Piensa él que quién va a atreverse a insistir en el «impeachment» con un presidente que es tan popular en el extranjero, y no sólo en un extranjero cualquiera, sino en París, en el reducto europeo del antiamericanismo.

La política no pierde tiempo. No hay ocasión que sea mala para ejercerla, ni momento demasiado triste para aprovecharlo. A estas horas, en el Departamento de Estado y en la Casa Blanca, y en las principales cancillerías de Europa, la pavana por un presidente muerto, que los grandes de este mundo han danzado en París, debe estar llenando cientos o miles de folios, de resúmenes, de conjeturas. Puede ocurrir que la desaparición de Georges Pompidou, de tantas consecuencias para Francia, represente también un cierto cambio en la política mundial. ■ H.

(1) Sobre este tema, véanse las páginas 22 a 25 de este mismo número.